

ELEFANTES Y CORDEROS. LA SACRALIDAD
Y LA RISA EN LA MODERNIDAD CLÁSICA;
de José Emilio Burucúa,
Madrid, UBA y Miño Dávila Editores, 2001.
Mónica Billoni

En un delicioso ensayo sobre literatura e historia, Isaiah Berlin acude a un verso griego antiguo para establecer una original taxonomía de los intelectuales: los erizos y las zorras. Bajo la primera categoría se agrupan quienes tienen una clara y única visión del mundo o del trozo de mundo que estén abordando, una clave descifratoria de un sentido encontrado y re-encontrado a lo largo de toda una obra que revela, en su diversidad, el tinte monista de un arjé. Quienes encajan, en cambio, en la categoría de zorras son aquellos capaces de abundar, de dispersarse, de alejarse del centro, de retornar a él, de valorar las ramas y de saber saborear variados frutos. Son quienes adrede han perdido la llave y gozan con la multiplicidad de azares, detalles, diferencias, individualidades. Si los primeros aman el sistema, los segundos, la contingencia. Al principio organizador generalmente moral y metafísico de los erizos sólo le corresponde un hilo conductor fáctico perseguido por las zorras. Berlin no oculta su simpatía por estas últimas ya que, sin desconocer los méritos de los erizos, los sitúa en el camino de cornisa de una geografía autoritaria, mientras que advierte en la fuerza centrípeta de las zorras el impulso incluyente de la tolerancia.

La lectura de *Elefantes y corderos* de José Emilio Burucúa, evoca el texto de Berlin, en primer lugar –y esto es casi una obviedad psicologista– por la afinidad de los títulos, pares de animales en ambos casos; pero, inmediatamente, por la indudable calidad de zorra de este sorprendente investigador

argentino. El extraño título para una obra de seiscientos cincuenta páginas que se subtítulo *La sacralidad y la risa en la modernidad clásica* no es más que un juego de sinonimia entre éste y otro libro que lo precedió, *Sabios y marmitones*. Una aproximación al problema de la modernidad clásica, de 1993. Planteado el que ahora comentamos como continuidad, corrección y profundización del precedente, *Elefantes y corderos* toma su título de una frase de San Gregorio Magno que alude, como el título anterior, al par de opuestos que integran los doctos y los simples, el erudito y el ignaro, el saber de los filósofos y el saber del pueblo. Opuestos que Burucúa intentará captar justo en el punto donde los polos convergen.

Una aclaración y un prólogo breves preceden a la introducción donde se realiza un exhaustivo recorrido –«paquidérmico» lo llama el autor– por los dos grandes paradigmas de la Historia de la cultura más los abordajes contemporáneos de las más variadas procedencias que son examinados con detalle y en abundancia. El concepto de representación de Chartier merece una consideración especial ya que en la línea teórico-metodológica del francés se sitúa el trabajo objeto de este comentario. La noción de convergencia resulta, entonces, central para comprender los propósitos de esta tan nutrida «colección». Burucúa aclara que debe entenderse «no sólo como posesión compartida sino como una creación cultural en común en la que ninguno de los actores (hombres del pueblo y de las élites) se subordina a los otros». Aquellos

espacios culturales donde se encuentran creativamente sujetos y saberes de opuesta procedencia constituyen, como en el antiguo topos de la hilaridad que despierta la distracción del sabio, el terreno temático a examinar. «La circulación cultural, en la variedad más amplia de sus formas posibles, y sobre todo el reconocimiento de los sujetos portadores de ideas, creaciones, experiencias y prácticas culturales entre horizontes sociales distintos, se encuentran entonces en la base de los temas de este libro». Con una original tipología de los silenos, es decir, de los mediadores o «demiurgos sociales» culmina la presentación de quien se define como «una suerte de coleccionista de convergencias en la historia de la cultura».

Los tres capítulos que siguen y los dos tipos de apéndices con los que se cierra el libro abordan de lleno el examen de tan vasta como apasionante «colección». La diversidad en el tipo de fuentes (literarias, iconográficas, musicales) y la cantidad de ellas que componen el corpus de esta obra son tales que resulta imposible aproximarse a una ligera enumeración dentro de los márgenes de un comentario bibliográfico. Intentarlo sería como acorralar a la zorra. En sus palabras, el capítulo uno trata del «saber popular aplicado a los dilemas entre la acción moral y la contemplación filosófica», es decir, del tópico de la aptitud espontánea de los simples para la virtud por contraposición a la mediatez racionalizadora en la que se ubica el sabio. A la luz de la Primera epístola a los corintios de San Pablo, pasan por estas páginas las obras de Nicolás de Cusa, de Erasmo, Rabelais, Montaigne, Bodin, entre los pensadores más relevantes del Renacimiento cuyas resonancias barrocas, ilumi-

nistas, románticas y contemporáneas son también analizadas en Spinoza, Rousseau, l'Encyclopedie y aun Wagner y el cine.

En el capítulo dos, «sobre la risa sagrada en el Renacimiento», se examina una cantidad sorprendente de fuentes, mayoritariamente literarias procedentes del Renacimiento italiano y de diversos géneros, que exceden lugar y época y que rizan el rizo de la erudición cuando se trata nada menos que de los dibujos de Leonardo o de la gráfica alegórica posterior. La reflexión de los antiguos sobre la risa, la comedia y lo cómico, su condena y, sobre todo, su aprobación desde el punto de vista cristiano, serán minuciosamente analizados en textos de Giordano Bruno, Galileo, Des Périer, Braccio lini, Piccolomini, la anónima Coena Cypriani y la recepción renacentista del Satyricon de Petronio. Lorenzo de Médicis, Lorenzo Valla, Aretino, Baltasar de Castiglione, Maquiavelo y una interminable lista de creadores y creaciones humorísticas son agrupadas por núcleos temáticos, por estilos u otras filiaciones en un desfile inagotable. Dibujos de Leonardo, ilustraciones barrocas y dieciochescas son analizadas desde el hilo conductor de la comicidad; su reproducción en la presente edición constituye una valiosa contribución.

El capítulo tres «permitirá vislumbrar brevemente, con mirada masculina, el papel reparador de la mujer en una historia posible del eros humano (ovejas y elefantes)». El eje temático de la convergencia se desplaza ahora, nada menos que al género operístico, el cual será examinado tanto desde el punto de vista de los argumentos como del de la tonalidad musical. La categoría de Pathosformel acuñada por Warburg es la he-

rramienta teórica que utiliza Burucúa para presentar a la heroína trágica de la ópera novecentista italiana como un epígono del Renacimiento. Como no podría ser de otro modo, las heroínas cómicas también tienen un lugar de privilegio en la segunda parte del capítulo, donde la presencia mozartiana ya palpable en Sabios... vuelve a apreciarse con deleite.

Los apéndices escritos por Burucúa así como el impresionante aparato de notas que el autor recomienda no leer (como si ello fuera posible) abundan todavía en los terrenos literario y musical en lo que parece un pozo inagotable en el que seguir abrevando. La inclusión de los apéndices de otros autores resalta, según el autor, su labor como docente y el carácter de work in progress de la misma.

Elefantes y corderos resulta sin duda una lectura fascinante para todos aquellos a quienes apasiona el campo de la historia de la cultura, de la historia de las ideas, de la historia intelectual, de mentalidades o, sin compartimentaciones, para quienes aman la aproximación informada a los productos del pasado que componen nuestra tradición de discurso. En este sentido, cabe celebrar la aparición de un trabajo que no por esforzado aparece como menos gozoso. Con mucha discreción a lo largo de toda la obra, el autor, lejos de desaparecer, entremezcla, en primera persona, comentarios que permiten percibir el placer que este complejo, extenso y riguroso trabajo le provoca. El mismo placer que obtendrá el lector sea o no un especialista en el tema.